

# Cientos de trabajadores conquenses pasaron la Nochebuena en el tren

**(La misma historia ocurrió el año pasado, y se repetirá éste, si Dios no lo remedia)**

**“Era digno de admirar la voluntad de aguantar de esta gente conquense. Criaturas sin comer, familias enteras por abrazarse, y unos villancicos mojados con pastel y champaña. Nadie podía protestar, ¿para qué? Las doce de la noche surgieron en tierra áspera, rodeadas de oscuridad y sueño”.**

Mientras, en cientos de casas conquenses, apenas a pocos kilómetros de donde ocurría la escena anterior, otras tantas familias dejaban enfriar la cena, mirando alternativamente al reloj y a la calle, en espera de esos miembros que debían acudir, que acudían ya, a la cita de cada año, en la Nochebuena.

Mala noche fue para cientos de familias conquenses, a quienes no parece quedar ya ni el derecho al pataleo. Ni siquiera a nosotros nos quedan palabras para calificar a la Renfe, ese monstruo monopolizador, en cuyas manos están quienes no han podido —y son mayoría— pasar a disponer de vehículo propio.

La casualidad nos va a ahorrar el poner muchas más cosas de nuestra propia cosecha. La página 17 del diario valenciano “Las Provincias”, del día 26 de diciembre, trae el relato preciso de lo ocurrido, adornado, además, con una serie de observaciones personales del autor del trabajo, Baltasar Bueno, que bien pueden hacer meditar a quienes tengan un mínimo de sensibilidad. Allí va la transcripción:

“El robusto anciano que había subido en San Antonio, de donde venía “de vender unas hierbas”, dice que eso no solía pasar mucho. El recuerda que, cuando la guerra, una vez le costó al tren cuarenta y ocho horas ir de Valencia a Utiel.

Otros pasajeros de mi departamento decían que “lo mismito había sucedido la Nochebuena pasada” sólo que llegaron más tarde a Cuenca.

El ferrobús tenía que haber salido desde la estación del Norte de Valencia, a las 18,50 y no salió; pusieron un convoy en la línea número 6, compuesto por una decena de vagones, tirados por tractor Diesel, año 1924, dada la cantidad de viajeros que se disponían a pasar las Navidades en casa.

Algunos chicos repletaban el resto del vagón en que viajaba. Muchos de ellos, camareros, tenían que volverse en el tren de la mañana, que tiene su salida de Cuenca a las seis en punto, porque “si no voy, dejo de ser hijo de mi madre”.

A los treinta kilómetros de la ciudad del Turia, el tren pierde velocidad. A los 33, en Chiva, ya no puede más. Y se para. De repente, quienes viajan mucho, intuyen. Alguien grita: “Hay que cambiar la máquina. Seguro que van a traer otra”.

Y así es; se cambia la máquina y se cambia porque hay “un eje que se ha quemado”, dice uno de los maquinistas. Se consulta a la estación central. Se pide máquina y conductor. Hay que buscar uno en la reserva. Se le estropea la noche. Y para Chiva otra



PARA ESTE NO HAY PROBLEMAS.

máquina. La gente comienza a impacientarse. Algunos conquenses provienen de Barcelona y tienen las horas contadas. Por fin aparece la máquina deseada. Son ya las nueve de la noche y el tren felizmente llega a Buñol.

Tres horas el trayecto Valencia-Buñol. El anciano utelano me sigue contando: “En tiempos de guerra tardaban tanto porque no había carbón ni leña, iban con ramas verdes. En Siete Aguas nos comimos las uvas de dos viñas, tardaba tanto el tren”.

Nosotros no comimos uva, pero sí turrón; también bebimos champagne y coñac. Algo que más tarde nadie podríamos. En Buñol se bajó un curita que iba a decir misa a unas aldeas más arriba. Parece que tuvo suerte y lo consiguió, gracias al milagro del auto-stop.

A las once menos cuarto de la noche lle-

gaba el tren a los límites de las dos provincias. Y según mis cálculos, con los datos facilitados por mis colegas en Nochebuena forzosa, el tren llegaría pasada la una de la madrugada a Cuenca. A las seis, cinco horas más tarde, muchos jóvenes tendrían que volver a la capital de partida, a trabajar.

Era digno de admirar la voluntad de aguantar de esta gente conquense. Criaturas sin comer, familias enteras por abrazarse, y unos villancicos mojados con pastel y champaña. Nadie podía protestar, ¿para qué? Las doce de la noche surgieron en tierra áspera, rodeadas de oscuridad y sueño.

Lo peor, lo gordo: que lo mismo, pero con más horas de retraso, sucedió el pasado año,

casi por los mismos motivos, y por supuesto, en la misma estación chivana, según cuentan los sufridos seguidores de esta penosa ruta castellana”.

## A perro flaco...

A los desdichados emigrantes, a quienes no se les ha ofrecido un trabajo digno en su propia tierra, ya no les queda ni el recurso de poder pasar la Nochebuena tranquilamente en su solar original. Sólo pueden —sólo podemos— mostrar a los demás, a los hombres del desarrollo, la riqueza y la comodidad, la voluntad de aguantar lo que venga. Es seguramente, de todo el relato anterior, la frase que mejor define cuál es el espíritu del pue-